

Experiencias

Escuela y Poder: educar en y para la democracia

Myriam González Cueto
Orientadora

Educación significa, entre otras acepciones, “conducir o guiar desde”. Si como ciudadanos anhelamos una sociedad definida por los valores de la libertad, la democracia y la solidaridad, como docentes hemos de sentirnos comprometidos con la práctica de estos principios en las distintas experiencias que la escuela tiene la posibilidad de brindar a toda la comunidad educativa. El siguiente artículo constituye un ejemplo de que no es una utopía poner en marcha cauces de participación real y efectiva.

“Hay algo en nuestro interior que nos hace interesarnos por nosotros mismos, por aquellos entre quienes hemos crecido y por el bien del mundo” (Kant)

Definiría la palabra poder como la capacidad de influir sobre determinados aspectos de la vida. De esta forma todos, absolutamente todos, tenemos ciertas parcelas de poder en nuestras realidades, cotidianas o lejanas. El problema es que a veces no lo sabemos. En efecto, no somos conscientes de las muchas posibilidades de decisión que podemos llegar a tener. Y en otras situaciones, el caso es que no queremos hacer uso de esta facultad.

Aunque el título del presente artículo puede ser desarrollado desde varios puntos de vista, yo, como maestra y orientadora en una escuela rural, lo haré desde un prisma muy concreto: el binomio escuela-sociedad. Puede que el enunciado no resulte original, ya que son numerosos los estudios y reflexiones acerca de las mutuas influencias de una sobre otra. No obstante, pienso que es una cuestión fundamental analizar continuamente la práctica educativa planteándonos si realmente somos capaces de crear espacios de desarrollo para aprender de la vida, en la vida y para la vida. Porque educar significa favorecer aprendizajes para “ser”. Y

nuestros chicos van a coexistir en una sociedad de la que, por desgracia, parecemos a veces no querer saber nada de las puertas de las aulas para adentro.

La relación entre la escuela y el entorno social puede considerarse bastante asimétrica. Parece ser que el poder de transformación de aquella

moda. No a todos les llama la atención eso de ser agente activo en los distintos sectores, ni a ciertos estamentos, precisamente los que quieren mantener su posición de poder, les agrada comprobar que surgen iniciativas, ya sean individuales o colectivas. Sin embargo, algo evidente es que a nadie le gusta sentirse excluido... Hablemos de la escuela: ¿por qué son tantos los maestros y profesores que prefieren simplemente ejecutar órdenes de sus “superiores”? ; ¿por qué los alumnos “pasan” de cualquier propuesta que vaya más allá de una explicación académica? ; ¿por qué se percibe desde la dinámica escolar a los padres como los grandes ausentes en la actividad educativa? ; ¿por qué, a pesar de plantearse a menudo objetivos comunes, actúan tan independientemente escuela y otros servicios comunitarios?...

¿Tiene alguien la culpa de todo esto? ¿Ocurre acaso porque no lo percibimos, porque creemos que “así es la vida”, porque no queremos complicarnos demasiado unos y otros, o porque no sabemos qué hacer para que esto mejore? Creo que existen varios factores que pueden explicar algo sobre estas cuestiones:

- No queremos participar democráticamente. Pasamos. Simplemente, no se nos ha enseñado a hacerlo. Recordemos nuestros años en la escuela

“En la Escuela Rural, el ansia de formar a los niños de una manera integral (...), nos hizo ver al equipo que era imprescindible hacerles protagonistas de su propia existencia...”

sobre ésta es mucho menor que viceversa. Y esto cuanto más se procure afianzar el carácter conservador que, sin duda necesariamente, debe cumplir la institución escolar. Mas si reducimos la labor de la escuela a la de portadora del conocimiento, truncaremos uno de los grandes pilares con los que actualmente podemos contar para abrir nuevos caminos.

La educación tiene que ver sobre todo con un proyecto emancipador. Un progresar del egocentrismo infantil a la autonomía individual y colectiva. Y más que nunca hoy día, como miembros de sociedades democráticas, es necesario aprender a sentirnos parte esencial en la gran familia humana y actuar en consecuencia.

La participación puede resultar incó-



la: figuras de autoridad, metodologías correctivas, enseñanza unidireccional, "cultura enlatada" en indiscutibles libros de texto... En efecto, como señala Freire, es importante preparar al hombre para una educación que no ate, domestique y esclavice.

- Falta de costumbre. Pocas veces se pide nuestra opinión, y cada vez menos. Los niños, por ejemplo, aprenden que con la tele no mere-

ce la pena discutir si algo no les gusta, así que simplemente hay que callarse... Y este constituye sólo un ejemplo de la multitud de influencias que actualmente inducen a la pasividad y el pasotismo.

- Podemos querer intervenir, pero no sabemos cómo. La mayoría de padres se muestran colaboradores durante los primeros años de escolarización, pero van desapareciendo progresivamente de los colegios. Ellos argumentan que esto ocurre porque "llega un momento que uno ya no sabe qué hacer". Sobre los profesores digamos, por otro lado, que no es que no estén preocupados por las sucesivas reformas educativas; lo que ocurre es que sienten que lo poco que pueden decir no sirve para nada...

- Falta de confianza. Si nuestra autoestima no es lo suficientemente positiva para sentir que nuestra aportación puede ser provechosa o que realmente podemos hacer algo para que las cosas mejoren en vano aparecerán ocasiones para tomar partido en algo. Y hablo aquí de una autoestima no sólo personal, sino también de grupo. Puede que lleguen a suspender una materia el sesenta por ciento de los alumnos una clase, y que realmente crean que ellos no tienen nada que decir.

Pues bien: es derecho y obligación de todos, y digo todos, los ciudadanos de una sociedad que se llama democrática, colaborar en pro de lo que consideremos un mundo mejor. Reconozcamos, desde luego, la infinidad de fuerzas que ahuyentan el

espíritu crítico precisamente desde los sectores de poder. Pero no podemos permitir que la institución escolar se contagie de la desidia con que muchos identifican la juventud en general. Es labor imprescindible de las escuelas fomentar activamente la responsabilidad a cada uno de los miembros y sectores de la comunidad educativa. Y para ello ha de replantarse forzosamente sus estructuras de participación, de forma que dejen de estar anquilosadas en una estructura burocrática que inhiba la comunicación de ideas, sentimientos y propuestas de actuación.

Podría argumentarse el hecho de que, en la práctica, nadie prohíbe a nadie expresarse... Eso es obvio. Pero, según la reflexión anterior, la escasa aportación de los distintos



“Los muros de la escuela parecían acercarse cada día, y ya nos faltaba espacio para entrar todos. No es una metáfora: hemos tenido que usar el teleclub del Ayuntamiento para algún que otro encuentro”

sectores no responde a la falta de oportunidades de expresión (que también) sino, a menudo, a la poca cultura de participación que existe en nuestros centros. Hacer tomar conciencia a cada uno de sus derechos, así como procurar la interiorización de hábitos democráticos, son tareas esenciales para la adquisición de compromisos individuales y colectivos por parte de todos y cada uno de los miembros de la comunidad escolar. Comunidad en la que cada indivi-



duo es importante por la riqueza que supone su diferencia.

En la Escuela Rural de Educación Infantil y Primaria en la que me honra trabajara diario, el ansia de formar a los niños de una manera integral, ya no sólo de preparación para la vida adulta, sino de disfrute de la vida de cada día en su extrema posibilidad, nos hizo ver al equipo docente hace unos años que era imprescindible hacerles protagonistas de su propia existencia. Así que procuramos basarnos en cuatro ejes básicos sobre los cuales giraría nuestra actividad educadora:

- Favorecer el desarrollo de la autonomía de los alumnos, desde que entraban al colegio hasta que salían (en edad y en trabajo), de modo que fuesen siendo capaces de hacerse cargo de sí mismos de manera no progresiva, sino máxima en cada nivel y en cada uno de sus aspectos personales: físico (su cuerpo, sus movimientos, sus conductas...), psíquico (sus sentimientos, sus pensamientos...), social (sus relaciones familiares, sus amigos...) y académico (sus intereses, sus tareas escolares, sus búsquedas de información...)

- Hacerles sentir responsables realmente de sus vidas, de su entorno y del mundo en el que se encuentran. Nuestro propósito en este sentido ha sido pretender que nadie se considerara mártir de lo que le pudiere suceder como víctima de causas incontrolables, puesto que entendemos que nuestras experiencias son en mucho más medida opciones que casualidades. Y esto abarca trabajar con el grupo e individualmente desde las crisis de temperamento hasta las calificaciones escolares, por ejemplo.

- Fomentar la virtud de la lealtad a uno mismo como base de un óptimo desarrollo bio-psico-social. Ha sido este uno de los puntos más importantes a trabajar, puesto que nos encontramos que conforme se avanza en edad, cada vez es más difícil desarrollar una actitud asertiva, elemento clave para desarrollar una perso-



nalidad autónoma y plena desde la adolescencia hasta la edad adulta.

- Dejar crecer el espíritu crítico que, hemos llegado a la conclusión, tenemos por naturaleza. Ello supone dejar a un lado los autoritarismos y verdades absolutas con los que nos hemos topado durante décadas en las escuelas y en la sociedad en general (enciclopedias, prensa, televisión), para pasar a analizar la realidad de una manera pluridimensional.

- Ofrecer canales de participación real, enfatizando la oportunidad de enriquecimiento mutuo que supone la aportación de cada persona. Nos proponíamos hacer despertar en los chicos el interés hacia proyectos que trasciendan los intereses personales. Se establecen así, las comisiones de convivencia, los consejos de curso, los representantes de aula y los encargados de cada tarea. Además se hace un gran esfuerzo por que prime una metodología activa, con trabajo en fases individual y grupal, debates, búsqueda de datos en personas del centro y el entorno, etc. El colofón final ha sido la paulatina implicación en programas, junto con otras escuelas y grupos, de apoyo a la defensa de los derechos de determinados colectivos.

Pero ocurrió algo: no bastaba reflexionar sobre el quehacer diario de maestros y niños... Faltaban los padres y las madres. Poco a poco nos íbamos dando cuenta de que no puede educarse en la democracia cuando no se reconoce la importancia de todos los sectores que conforman la comunidad escolar. Y fue así como se fueron abriendo las puertas a las familias de los alumnos, para que se reunieran en esta otra gran familia. Y, al abrir las puertas entraron no sólo padres y madres, sino también hermanos (casi todos antiguos alumnos), tíos (que pronto traerían nuevos chavales al colegio), abuelos (que pasaban más tiempo con los niños que los mismos padres)... Y, por supuesto, se subieron igualmente al carro el Ayuntamiento, el médico del pueblo, el educador de adultos, el párroco de la Iglesia, la profesora de aeróbic... Uf! Los muros de la escuela parecían acercarse cada día, y ya nos faltaba espacio para entrar todos. No es una metáfora: hemos tenido que usar el teleclub del Ayuntamiento para alguna que otro encuentro.

Al igual que primero los maestros y después los alumnos, a los padres les costó avanzar. Sirvió de mucho la inauguración de una Escuela de Padres, en la que, a través de dinámicas distendidas, se consiguió formar un grupo sólido de reflexión y debate. Al año siguiente se decidió conformar legalmente la Asociación de Padres y Madres de Alumnos, así como federarse para conseguir también representación en la provincia.

En lo que de forma más clara vemos que pudimos colaborar con las familias es en la confianza que depositamos en ellos. Ahora se sienten real-



Foto 17 "El primer día de escuela"

mente poderosos, capaces y responsables de aspectos de la vida de sus hijos, su pueblo e incluso el sistema educativo en su conjunto que, según ellos mismos, no podían imaginar que tenían tal protagonismo. Sólo hizo falta que reconocieran sus facultades para poder hacer uso de ellas. La implicación del centro con el entorno ha sido esencial. Hay que reconocer que ciertos problemas ocurridos en épocas anteriores al actual equipo docente entre escuela y algunas instituciones, nos obligó a hacer un esfuerzo por evitar prejuicios que nos restaran optimismo. Realmente no resultó difícil establecer lazos fluidos de comunicación y acuerdo con el alcalde pedáneo, la trabajadora

social y otros profesionales de asuntos sociales, el centro de salud e incluso ciertos especialistas médicos, etc. Algo más complicado fue contactar con ONGs dispuestas a colaborar con nosotros, dada la situación geográfica de la aldea y su escasa población. Pero finalmente se ha conseguido poner en marcha de manera conjunta proyectos con asociaciones pacifistas, deportivas y culturales de la comarca, con las que se organizan periódicamente campañas de concienciación y ayuda, actividades extraescolares, excursiones, charlas...

El encuentro de todos en torno a una misma causa fundamental —los chicos—, ha abierto una brecha que ya va mucho más allá de los fines pretendidos. No en vano, educar para la participación ciudadana no es un fin, sino un medio para alcanzar otros objetivos. Me refiero con esto a que nuestro propósito no consiste en fomentar —en términos de Rousseau— el "pistacismo", o como se dice en la jerga juvenil el *meter baza*... Eso ya se encargan otros de fomentarlo. No intervenimos "porque sí", en el vacío; opinamos sobre cosas concretas, nos involucramos en algo y para algo, colaboramos en pro de los fines que creemos merecen la pena un esfuerzo... Participar democráticamente en cualquier proyecto no supone simplemente "estar" sino, sobre todo, demostrar la seguridad que tenemos en que, para lograr ciertos objetivos, hemos de comprometernos de verdad con ellos. Y de hecho, una vez descubierta y desarrollada esta capacidad, se iban vislumbrando posibilidades de cambio y mejora que, de actuación inmediata o mediata para alegría nuestra, traspasaban las paredes del colegio. Poco a poco y de forma cada vez más autónoma, el pueblo se ha ido transformando y creciendo en la calidad de vida que sus habitantes han decidido proponerse lograr.

No ha sido una experiencia exenta de tropiezos. Entender las relaciones de poder desde el respeto a las libertades personales supone que cada persona y cada grupo elija entre diferentes opciones, aceptando las consecuencias de las tomadas y las sugerencias de mejora. Eso no siempre es fácil. En este sentido, cada sector educativo (alumnos, padres, maestros) ha tenido que trabajar cíclicamente sobre unas ideas base:



Foto 18 "Comedor de auxilio social"

- Siempre existirán personas con ideas afines a las nuestras y otras que no. Es algo natural que se produzcan conflictos.

- Lo más probable es que, a pesar de las diferencias, podamos establecer objetivos comunes al grupo. Explicitarlos y unirnos para favorecer su consecución puede resultar una ardua pero gratificante tarea.

- Es imprescindible el trabajo en equipo. Saber sacrificar intereses individuales por proyectos colectivos es signo de madurez en tanto que los frutos obtenidos pueden ser más firmes, seguros y estables en el tiempo.

- Descubrir y aportar nuestras potencialidades individuales y grupales, así como nuestra ilusión, fortalecerá el trabajo por el bien de todos.

- Una vez tomadas las decisiones y conformadas las tareas por realizar, cada cual es responsable de la parcela que le corresponde. Lo que a uno deje de hacer puede que se quede sin hacer.

- Siempre que sea posible, hemos de llegar al consenso, de modo que vayamos al unísono en el pensar y sentir y nos unamos a la empresa con ilusión y talento.

- Por encima de la lealtad a los objetivos consensuados, no debemos

vacilar a la hora de exponer nuestros puntos de vista. A veces es muy positivo que alguien muestre la realidad desde un prisma divergente.

- Si somos capaces de ver a otras personas y grupos como oportunidades para el enriquecimiento mutuo, perderemos el miedo al encuentro.

- Es imprescindible sostener una firme confianza en las propias posibilidades, así como un serio propósito de ser leal (aunque flexible y abierto) a las convicciones que cada uno va desarrollando. Pasar de la moral heterónoma a tener la capacidad de pensar, decidir y actuar por criterio propio es lo que realmente nos hace evolucionar como personas.

- La realidad es modificable y siempre puede ser mejorada. Y si nosotros estamos en ella, tenemos el derecho y el deber de plantearnos qué podemos hacer para que así sea.

- La tendencia a superarse y resolver conflictos es una capacidad con que nacemos y que a menudo se nos intenta abatir. Perseverar en el esfuerzo por defender aquello en que se cree a pesar del sacrificio no sólo conforma una personalidad fuerte y solidaria, sino que augura esperanzas de cambio a otros y contagia optimismo alrededor.

- Nuestra conducta sirve de ejemplo

para otros. Aunque no deba de ser éste el principio que rijan nuestro quehacer, sí que nos hace responsables en cierta medida de la experiencia que van adquiriendo los que nos rodean.

- Es absurdo (pero puede caerse fácilmente en ello) pretender educar para la autonomía, la democracia y la libertad olvidando los medios. Como ya dijimos, la participación en sí misma es un medio, no un fin.

- Es necesario hacer serias reflexiones sobre los recursos materiales y humanos a la hora de establecer proyectos. Pasar de una actitud de beneficencia a la que se basa en la justicia y la equidad nos hace enfrentarnos a un cometido desde la responsabilidad y no desde la compasión.

Decía Pablo Freire que el hombre sólo puede participar activamente en la historia, en la sociedad, en la transformación de la realidad, si es ayudado a tomar conciencia de esa misma realidad y de su propia capacidad de transformarla. Nosotros, porque consideramos que la institución escolar ha de comprometerse con la sociedad de hoy y de mañana, hemos querido montar en este barco en el que, tan gustosamente, continuamos navegando rumbo a la libertad, la solidaridad y la utopía.